

Papá Chilo

Mely

Enormes árboles que cuentan historias de otros tiempos, lo vieron nacer a finales del siglo XIX en el poblado Guadalupe, ubicado en la sierra de Chihuahua y cuna de la Revolución Mexicana, de donde eran originarios sus padres y abuelos. Siendo un niño lo sorprendió la revuelta campesina de 1910, a la cual se sumó en su adolescencia; a los nietos les narraba con orgullo y nostalgia anécdotas de sus días al lado de las tropas del general Francisco Villa.

Conoció a mamá Cheles, la mujer que eligió como compañera de vida, siendo una niña, y pensó en lo linda que era. Con paciencia esperó a que terminara de madurar para unirse a ella por las leyes civiles. Eran tiempos de la guerra cristera; ella tenía 17 abriles y él 28 inviernos.

Procrearon doce hijos y con dolor sepultaron a siete de ellos que no lograron sobrevivir a las precarias condiciones de asistencia médica de esos tiempos. Su rol de padre estaba fuera de época, pues no sólo compartía la crianza de los hijos con mamá Cheles, sino que la apoyaba en labores aun en estos tiempos delegadas a las madres.

A su lado las tareas cotidianas y rutinarias, como moler nixtamal o café de grano y atender los animales de corral, se convertían en aventuras excitantes y divertidas, debido a las historias y los cuentos que de su memoria e imaginación fluían como sereno manantial.

En 1950, lleno de nostalgia, dejó la tierra de sus ancestros; sus manos de agricultor no pudieron hacer producir más la tierra amada; el temporal no era propicio, las lluvias se alejaban cada vez más y la prolongada sequía no permitía la germinación de las semillas de maíz y frijol, que con una mezcla de espe-



ranza y frustración entregaba a la madre tierra como una ofrenda ancestral.

Primero intentó conseguir el necesario sustento trabajando en la plantación de árboles en las nacientes huertas manzaneras de la región de Guerrero. En un principio el futuro era esperanzador: se comentaba que sería construida una gran presa en la comunidad, pero a pesar de ello la situación fue insostenible ya que al campesino pobre no le trajo ningún beneficio.

Como padre responsable que había aprendido a ser –enseñanza que recibió de su propio padre– decidió emprender un camino sin retorno en la búsqueda de sustento familiar; primero sumergiéndose en las entrañas de la tierra en el mineral de Naica, después como obrero en la empresa Celulosa de Chihuahua en la comunidad de Anáhuac, donde por décadas el silbato de la planta interrumpió de manera abrupta sus recuerdos y añoranzas plagados de esencias, cantos de aves y el rumor del viento de su tierra natal.

Lo recuerdo ahora con su andar pausado, la espalda doblada, escaso cabello cano y una mirada llena de ternura: Papá Chilo caminando por el patio de la casa, buscando una nueva tarea a realizar; siempre cálido, contando cuentos a los nietos y mostrando cariño hacia todas las personas que lo rodeábamos. Por las tardes se trasladaba a los tiempos de su juventud a través de la música de Agustín Lara.

Un día de viento implacable, a finales del mes de marzo, se fue a dormir y ya no despertó más... Mamá Cheles, mostrando el eterno luto de su corazón, ataviada invariablemente de negro, visitaba el panteón con frecuencia, siempre en compañía de alguno de sus nietos.

El día de muertos lo pasaba silenciosa y pensativa junto a la tumba de Papá Chilo, en espera de que llegara el día de acompañarlo para siempre. De su mano firme y actitud solemne aprendí a prolongar el cariño a los nuestros, aun después de muertos.